

LA SEMANA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO,

Escrito por el Sr. D. José MÁRMOL, y publicado por la imprenta URUGUAYANA.

NUM. 29.

MONTEVIDEO

NOVIEMBRE 24 DE 1851

CARTA DEL SEÑOR D. FELIX FRIAS AL SEÑOR D. JUAN B. ALBERDI.

SR. D. JUAN BAUTISTA ALBERDI.

Paris, julio 9 de 1851.

Hace hoy cuatro años, mi querido amigo, que escribía á Vd. desde Santiago, dedicándole un panfleto en que emitía todas mis opiniones sobre la infortunada situación de nuestro país. Aquellos renglones eran la espontánea espresion de un sentimiento apasionado y de una conviccion profunda: mi ódio vigoroso contra el tirano argentino, y mi adhesion á la libertad racional y moderada. Recordará Vd. que cité entonces las ideas de Monteagudo, como las del mas intelijente conocedor de las necesidades de los pueblos sud-americanos y de las instituciones liberales establecidas entre nosotros despues de la caida del poder español.

Muy lejos estaba yo entonces de prever que medio año mas tarde debía estallar en Francia una revolucion destructora de todas las condiciones de la existencia, que esa revolucion había de conmover la Europa toda, y que había de venir yo á ser testigo inme-

diato de tan grandes acontecimientos. Así ha sucedido sin embargo. Me he visto en presencia de una crisis asombrosa, he podido estudiar con la despreocupacion de un extranjero, el mas instructivo de todos los libros, una revolucion, que me ha revelado desnuda á esta poderosa nacion y permitido contemplarla en todos sus vicios y sus virtudes, sus verdades y sus errores.

Este grandioso é instructivo espectáculo ha fortificado aquel sentimiento y aquella conviccion: mi ódio á los tiranos, como á esos aspirantes á la tiranía llamados demagogos, y mi amor á la libertad moderada y racional.

En mi correspondencia al *Mercurio* he procurado señalar á los paises sud-americanos las severas lecciones contenidas en los sucesos, que contaba. Jamás he escrito con las miras de complacer á ningun partido de Chile, ni de los otros estados: sinó animado por el deseo de corregir las funestas preocupaciones que reinan entre nosotros, y que tienen orijen en el olvido ó la ignorancia de nuestra situacion social, y en la

imitacion inconsiderada de principios y de hechos proclamados y ocurridos en naciones muy diversas de las nuestras. La imitacion es la flaqueza de la primera edad, y es muy natural en los estados nacientes; pero no es menos necesario combatir de frente esa flaqueza con el doble conocimiento de lo que son las sociedades que plajiamos.

Esta carta le mostrará á Vd. de que manera soy yo liberal en América. como lo soy en Europa, y cuanta sea mi aversion á la importacion de las doctrinas que pervienten las creencias y corrompen las costumbres de la Francia, y no pueden producir en la América del Sud sinó el mismo doloroso resultado. Procuraré que mis reflexiones sean lacónicas y precisas, puesto que en una carta no puedo espouer sinó brevemente las ideas, que espero desarrollar mas tarde en un libro.

Veamos cual es la situacion de la Francia, el gran foco del movimiento revolucionario europeo.—No sé quien ha dicho que la Francia es el gran locomotivo que conduce el mundo á la civilizacion. Que sea ella el centro de los acontecimientos europeos, es indudable; que conduzca al mundo á la civilizacion es *pretension francesa*, como decían nuestros gauchos en el tiempo de la primera intervencion de la Francia en el Plata; y por pretension francesa entendían ellos pretension injusta é infundada. En efecto, los Estados Unidos en América, la Inglaterra en Europa son las naciones verdaderamente colocadas al frente de la civilizacion universal, y por cierto que no han marchado esas dos naciones á remolque del locomotivo frances.

Para comprender esa verdad es necesario una distincion. La verdadera civilizacion, segun yo lo alcanzo, es mas un gran capital de honradez y de virtudes que de principios y de ideas. La Francia habla admirable-

mente, la Inglaterra y los Estados Unidos obran admirablemente. En ningun pais del mundo se encuentra mas libertad escrita que en Francia, en ningunos mas libertades prácticas que en los Estados Unidos y la Inglaterra. ¿Donde está la verdadera civilizacion? pregunto yo al buen sentido, y me responde: no en las palabras sinó en los hechos, no en las bibliotecas sinó en las costumbres.

Digase en horabuena que la Francia es la nacion mas culta del universo. Eso es indudable. En ningun pais hay tantos poetas, literatos, novelistas, historiadores, oradores, artistas, sábios si se quiere; pero todo eso puede existir sin que exista la verdadera civilizacion, y aun digo mas, de todo eso puede prescindir la verdadera civilizacion; testigos los norte americanos, que sin filosofia ni literatura están en la cima del progreso conseguido hasta el dia por la humanidad.

Vd. concibe sin embargo, mi amigo, como es que la Francia goza en el mundo un prestigio superior al de esas dos grandes naciones. Lo goza porque habla mas, habla mejor, habla frances. Los pueblos se prendan siempre de lo bello, la elocuencia ha hecho triunfar en el mundo muchos errores y muchos vicios.—La palabra de la Francia es siempre poética, simpática, armoniosa, hace en las creencias los estragos de una religion mundana, porque seduce la imaginacion y el sentimiento. Yo me atrevo á decir sin embargo que su prestigio es usurpado; y precisamente porque los anglo-sajones han sabido dar la espalda á la engañosa sirena, precisamente porque han dicho: “dejémosla hablar, obremos nosotros,” es que creen y prosperan, mientras la poetisa del mundo vé abatidos todos sus ídolos, decae y se postra.

Agregue Vd. á todo eso que el influjo de

país que obra bien, no es sino el del ejemplo silencioso; que las buenas acciones se refugian satisfechas en el santuario de la conciencia y gustan poco de hacer ruido; que la virtud, mas bella que una oda de Victor Hugo, es siempre modesta; y comprenderá, como yo, porque es que los demagogos son unos insignes charlatanes, como los ha clasificado el mismo Proudhon; que no son ellos sino los impuros seductores de la perpétua credulidad de los pueblos.

Yo pienso por lo mismo que la Francia no debe ser nuestro modelo, por la sencilla razon de que un pueblo para llegar á la democracia, aspiracion nuestra, no tiene que aprender á hablar mucho, sino á obrar bien.

Pero si esas consideraciones no bastan, yo pido entonces á los hombres reflexivos de Sud-América que juzguen á la Francia por sus hechos, que la pregunten lo que piensa, lo que quiere, lo que hace. Si fuera yo frances, encontraria muy difícil la respuesta. La anarquía es la negacion de todo, no afirma nada, y ¿qué otra cosa puede verse en las creencias, las voluntades y las acciones de la Francia, que anarquía?

La Francia actual viene de la revolucion de febrero. ¿Esa revolucion tenia su programa? ¿Cuál era? Ella no fué ni la expresion de un voto nacional, ni la de un principio, ni la de una necesidad social. La prueba incontestable es que cuando la Francia ha sido llamada á manifestar, en el uso mas completo de su soberanía, su voluntad, elejó un príncipe que volvió al frente de la reaccion contra la república.

El país pedía la reforma, no la república, y habria preferido á esta última la monarquía sin la reforma. La revolucion no tuvo un objeto político. ¿Tuvo uno social? Lo niego igualmente. Es verdad que el socialismo se ha levantado vigoroso y amenazan-

te despues de febrero, ¿pero el socialismo se presenta acaso á poner remedio á hondos males sociales? Lejos de eso, el socialismo explota y agrava la miseria, como gran medio de accion revolucionaria. Vd. sabe, mi querido amigo, lo que es el socialismo. No es sino la filosofía plebeya del orgullo sensual, no es mas que la ciencia de la envidia. No era posible engañar ya con la palabra *libertad*. El pueblo frances la gozó bajo la monarquía de Luis Felipe, y mas completa que en el día. Era preciso estimular los apetitos desordenados de los pobres contra los ricos, importaba mostrar á ellos como usurpadores del bienestar de las clases bajas, y así se ha hecho con el fin de tener un permanente ejército revolucionario.

Fácilmente habria V. observado tambien que el socialismo no es mas que el fruto natural de una civilizacion inmoral. Sin creencias religiosas las clases superiores las han desarraigado por la mano de la filosofía y de la literatura, de las clases subalternas. Los ricos gozaban, los obreros trabajaban los objetos que debían satisfacer los caprichos del lujo. El sensualismo reinaba en la Francia toda, y nada mas lójico que el que la demagogia moderna sea sensualista.

Si los pobres fueran en Francia religiosos, como lo son en Irlanda, su dolor se habria resignado. Imagínese Vd. una Irlanda francesa y la Gran Bretaña se hunde abatida en los abismos. El sensualismo frances á falta del freno espiritual soporta el material. Suponga Vd. á Paris sin un ejército permanente, y al día siguiente la capital de la Francia seria una orña infernal. Ya vió Vd. en junio de que manera sabe pelear el hombre cuando le estimula el aliciente del pillaje.

El socialismo es hijo natural de una civilizacion corruptora. ¿Por qué no hay socialistas en los Estados Unidos ni en la An-

glaterra? ¿Por qué no confían esos países la defensa del orden á los grandes ejércitos? Porque su civilizacion es moral. Aquellos para quienes la aparicion del socialismo en el seno de una gran nacion, nada dice, nada esplica, tienen ojos y no ven. Esos no saben que por todos los caminos se marcha á la barbarie, y que á fuerza de abusar de sus fuerzas sociales las mas altas naciones acaban por volver al punto de partida. Ellos no saben que esos niños que se llaman viejos corrompidos son los mas perniciosos de los locos, que las naciones están sujetas tambien á esa locura, cuando se abandonan sin mesura á los goces materiales,—y que el materialismo científico es mas bárbaro y mas funesto que el de las hordas de nuestros desiertos.

El socialismo es en efecto la teoría del crimen, y enseñar el crimen es peor que someterle. El hombre puede abusar de su libertad hasta perderse, pero quebranta sus deberes mas sagrados cuando enseña de palabra ó por escrito que es lícito robar y matar; es mil veces criminal cuando adula los instintos feroces de la multitud para lanzarla al ataque de la religion, de la familia, de la propiedad.

La situacion de la Francia, Vd. lo sabe, mi amigo, es lamentable. Sin fé en ningun principio, en ningun hombre, en ninguna institucion, se ha dado la forma republicana como si quisiera marchar coronada á los abismos. Siendo la república el gobierno de todos, supone reglas fijas de conducta jeneral, supone creencias, sentimientos y virtudes comunes. Sin eso una república no es sino una vergonzosa é impotente anarquía, que provoca el despotismo; y no es preciso ser muy visor para creer que será el despotismo el término y el castigo de la revolucion de febrero. Hé ahí á donde conducen los cantores insensatos de la libertad á los

pueblos crédulos y confiados!

La Francia está en la anarquía, vá al despotismo como me lo decía Mr. de Cormenin. Pregunto yo á mis paisanos de Sud América ¿qué tenemos nosotros que aprender de los facciosos ni de los déspotas? No somos maéstros en esas materias, no somos doctores en esos dos derechos de revelarse y oprimir? ¿Decimos como los demagogos franceses *viva la libertad ilimitada!* ¿No hemos disfrutado durante 40 años de la libertad ilimitada de matarnos unos á otros, de derribar leyes y gobiernos? ¿No se sorprenden hoy aquí los escritores de juicio, como de un fenómeno singular, al ver que un presidente ha reemplazado á otro en el Perú, sin haber recurrido á la lójica del motin? Singular cosa es, mi amigo Alberdi, que en la América del Sud pidamos mas libertades á medida que son mas las libertades que ultrajamos! Y no nos contentamos con ser tan libres como los franceses, queremos ser mas libres que los norte-americanos, queremos mas libertad que la que deseaban Washington, Jefferson y Franklin para su patria.

Vea Vd. si tenía razon para deplorar de que nos olvidemos todos los días, de lo que menos debíamos olvidar, de que somos *sud, sud, sud-americanos*. El orgullo, mi amigo, en los niños es cosa lastimosa, pero en los pueblos niños es insoportable. Entre los preciosos recuerdos que he traído de América, no he olvidado que un diario de la capital de Chile al saber la revolucion de febrero, decía: “¡Feliz la Francia que vá á imitarnos en el uso de las instituciones republicanas!” Hay ciertas cándideces que lo pasan á uno de sorpresa, por mucho que las cosas singulares hayan embotado entre nosotros la facultad de sorprenderse.

Aquel diario se llamaba el *Progreso*, y sia

duda el que aquello decia ha sido despues partidario de los clubs, novedad liberal, de que no habíamos dado ejemplo á la Francia, y que era preciso copiar de ella. Cuando he sabido que un motin había ensangrentado las calles de Santiago, lo único que me ha sorprendido, desde que tenia noticia de la existencia de los clubs, es que hubiera tardado tanto en estallar. ¿Qué otra cosa que un motin puede esperarse de los clubs de rotos y artesanos en aquellos países?

La libertad moderada, mi amigo, cada día me persuado mas de ello, es nuestra gran necesidad. ¿Porque Chile ha mantenido el orden y la paz durante 20 años en medio de los sacudimientos brutales de los países que lo rodeaban? porque ha sido la menos republicana de las Repúblicas de Sud-América. Pedir progreso á las instituciones antes de haberlas realizado en las costumbres, es locura.

Léjos de ser eso lo que nos conviene, hemos reconocido mucho tiempo hace, y Vd. lo escribía con brillo el año 38 en Buenos Ayres, hemos reconocido, digo, que teníamos instituciones muy superiores á nuestras costumbres, esto es, á nuestras fuerzas, á nuestros medios sociales. El campo de nuestra accion deben ser esas mismas costumbres. Abogar por grandes libertades políticas entre nosotros es pedir en favor de los nuevos instrumentos de agitacion nocivos á los mas. Es mentira que el pueblo, que la mayoría en Sud-América, reclame libertad ilimitada en la prensa, pues es verdad que no sabe escribir. Es mentira que el pueblo reclame la libertad de los clubs, pues es verdad que no sabe hablar, y lo que es mas no sabe entender al que habla, como no sabe leer al que escribe. El pueblo no sabe nada de todo eso, ni conoce siquiera su propia ignorancia, y los que explotan y en-

gañan esa ignorancia son reos de lesa-soberanía.

Mentira es tambien que podamos realizar toda la República, porque una República no se realiza con la soberanía de los ignorantes. Y sinó, dígame Vd. si ha sido un solo día, en los 40 años que contamos de vida independiente, *soberano* el pueblo en ninguna de las naciones hispano-americanas. Eso no ha sucedido porque no ha podido suceder. El pueblo ha sido siempre instrumento de las voluntades de la minoría, cuando no ha sido víctima del azote de los déspotas. Conservemos en horabuena nuestras instituciones, puesto que la República es la irrevocable necesidad de nuestra existencia, pero hagamos de ellas un uso gradual, moderado. Puesto que el pueblo es incapáz de gobernarse á sí mismo, de ser republicano, lo que importa es que sea gobernado. Yo lo espero todo de los buenos gobiernos, nada de los demagogos que llaman al pueblo á la escena política, y aman su ídolo, como los malos amantes, para perderlo. Hágase en horabuena todo para el pueblo, pero no se pretenda que todo se ha de hacer por él. No es la gran libertad del sufragio, ni la de la prensa, ni aun la de la *Tribuna*, la que ha salvado en Chile el orden; ha sido principalmente el buen gobierno. Yo soy partidario del progreso, tambien, pero el gran progreso para mí en esos países es el orden: una vez conseguido, el otro progreso, es la conservacion del orden, y despues y siempre el orden; y como el uso inmoderado por los incapaces de la libertad, compromete el orden, estoy contra ellos. Se ha creído entre nosotros que la política es ciencia incauta, que basta gritar libertad para servirla, y ese error nos ha sido funesto. Es mas difícil ser ciudadano, conocer sus derechos y sus deberes de tal, sacrificarse constantemente por el

bien jeneral, es mas difícil eso que ser zapatero ó albañil.

Rousseau dijo un disparate, como suelen decirlo los jénios cuando afirmó en su contrato social: *el hombre nace libre*. El hombre puede nacer poeta, pero no nace, se hace libre. Un hombre sin la educacion es un salvaje, es un indio; la educacion enseña su ignorancia y le dá la intelijencia y la capacidad de la libertad. ¿Qué hemos hecho por la educacion en los pueblos de Sud-América? nada.—¿Qué hemos debido hacer? Todo. Y queremos sin embargo recojer el fruto antes de haber plantado el árbol. Llamamos soberanos á los rotos, á los gauchos, á los cholos, adulamos en ellos la fuerza ya que no podemos respetar su intelijencia. Si esa soberanía de la fuerza es la que ha de realizar nuestra república, valiera mas no habernos emancipado de la España.

El órden, que garante la libertad civil, y la educacion del pueblo que lo prepare para la libertad política, hé aquí mi programa. Todos los otros progresos democráticos son candorosas ilusiones. En una palabra el pueblo nuestro no está maduro para la libertad; yo prefiero restringir la libertad política si ella compromete el órden que es la garantía de la libertad civil. ¿Por qué se envanecen los chilenos de su paz? No tanto porque disfrutan del derecho de emitir artículos de diario, sino porque ven garantida la familia, la propiedad, la relijion, la vida y el honor, por fin la libertad civil, holladas en todas partes por el republicano Rosas y por los republicanos demagogos. Yo quiero el progreso, pero quiero ocuparlo por el principio, y el principio de todo progreso es el órden; y á todos los progresos los aprecio en el órden siguiente, primero los morales, despues los industriales, en seguida los intelectuales y

por fin los políticos.—Un adajio vulgar dice entre nosotros: «el que mucho abarca poco aprieta». Yo no quiero pues abarcar demasiado, de temor de perderlo todo.

Las anteriores son, á mi juicio, mi amigo, verdades elementales, pero en materias sociales veo que esos rudimentos de la ciencia política es lo que nos importa aprender, y no los brillantes discursos de los jénios de la Francia, que no están de acuerdo entre sí, que no lo están sobre todo con nuestras necesidades americanas.

Estas opiniones pueden hacerme aparecer á los ojos de los liberales á la moda en Sud-América como un rudo pelucon. A los que atacan aquí el reinado de Luis Felipe, les dan una respuesta sus partidarios, que vale mas que un libro de numerosos argumentos, y es esta: *18 años de paz!* Yo confieso que no me avergozaría de ser pelucon en Chile, pues podría dar á sus enemigos la misma contestacion: *20 años de paz, y en una república sud-americana!* Tan habituado estoy á no juzgar las teorías sino en la piedra de toque de la esperiencia, que me sentiría muy orgulloso de ser argentino si tuviéramos un argumento semejante que oponer á los insulsos declamadores. Por desgracia en todas las repúblicas americanas, excepto Chile, no han gozado los hombres sino de la paz de Chateaubriand, que nos cuenta no la disfrutó sino en el seno de su madre, y no la esperaba sino en la tumba.

Ya que no podemos, mi amigo, disfrutar de la paz jeneral, estemos por lo ménos en paz con nosotros mismos. Yo la necesito para mi conciencia, y puesto que la suerte me ha hecho un *tinterillo*, paso mis convicciones al papel. Vd. se apercebirá al leerme que no soy yo partidario entusiasta de ninguna institucion. Las instituciones son palabras cuando no asientan su base en los

chos, y como el modo de ser de cada país
 va á lo infinito, yo pienso que no hay
 ninguna institucion absolutamente buena.
 Si yo fuera francés, inglés, español,
 italiano, sería monarquista; si fuera brasi-
 lero también lo sería. En los Estados Uni-
 dos sería demócrata entusiasta. En la Rusia
 no hay nada, porque no quiero suponerme
 ruso. En la América del Sud soy americano,
 y hombre de bien y hombre de órden.
 No mucho el suelo de aquellos hermosos
 paisajes, porque en ellos he nacido, y porque
 sé lo que me conviene. En cuanto á los hombres,
 y las cosas, las instituciones actuales, confieso
 con entera injenuidad que mi entusiasmo es
 muy prosaico, no tanto sin embargo que me
 sienta indiferente en presencia de las tristes
 calamidades de que somos contemporáneos.
 La indiferencia es la falta mas reprehensible
 de los que tienen un corazon en el pecho,
 una razon en la mente: no, adversario
 decidido como soy de la política poética,
 no pertenezco al partido de los indiferentes;
 si consagro mi tiempo todo á meditar en
 los males nuestros, no es sino por que com-
 prendo los deberes que me orijen y los ma-
 les de los países á que pertenezco me im-
 ponen. Por lo demás mis ideas no son ni ar-
 gentinas, ni chilenas, ni bolivianas. Nues-
 tros padres, mi amigo, derramando noble-
 mente su sangre en todos los estados de la
 América meridional, nos han habituado á
 considerarla como una gran familia, y nues-
 tra gratitud de emigrados debe recordarnos
 siempre esa gloriosa tradicion.

Otros sirven á la patria adulando el orgu-
 lo, los vicios y las flaquezas de sus hijos.
 Yo no quiero figurar entre los cortesanos de
 los pueblos, como no he figurado entre los
 de los déspotas. Yo entiendo que el modo
 mas seguro de hacer las enfermedades de los
 pueblos incurables, es disimulárselas, y por
 eso llamo á las cosas por sus nombres. En-

cuentro que nuestros países no están mora-
 lizados, y digo por lo mismo que no son
 capaces de toda libertad. Encuentro que
 gran número de liberales americanos ó no
 saben lo que dicen, ó dicen lo que no sa-
 ben; que otros explotan en provecho de su
 vanidad ó su egoismo los errores y los vi-
 cios que debieran corregir; que ponen co-
 rona antes de poner camisa al soberano;
 hallo por otra parte doctores políticos que
 no saben jota de ciencia política, ciencia
 muy complicada y muy difícil. Diga lo que
 quiera la ignorancia presuntuosa, no basta
 saber escribir un comunicado, para darse el
 certificado de sábio en tan grave materia;
 y busque Vd. la modestia cuando se trata
 de resolver esas altas cuestiones de derecho
 público, hallará Vd. que es muy raro dar
 con ella.

He escrito á Vd. esta carta de prisa, y co-
 mo se escribe entre nosotros un artículo
 para la prensa. Creo sin embargo que ella
 contiene algunas verdades útiles y espresa-
 das con franqueza. Pero no serian estos bor-
 rones dignos de Vd. ni de mí mismo, si
 no le dijera, aunque Vd. ya lo sepa, cual es la
 luz superior que me guía en ese mundo mis-
 terioso de las ideas.—Yo soy católico, mi
 amigo. Lo fué por mi razon como por mis
 sentimientos desde que mi intelijencia abrió
 sus ojos y empezó á pensar. Yo he visto
 en Europa la impotencia y la filosofia para
 crear ó conservar; su poder irresistible de
 destruccion; la obra desmoralizadora de la
 literatura moderna; los vicios vergonzosos
 de los jénios; los errores y las preocupa-
 ciones nublando todas las cabezas y envane-
 ciendo los corazones; el egoismo desenfre-
 nado; el amor insensato de vivir para co-
 mer y gozar; los pobres armándose contra
 la propiedad, la esposa y la vida de sus pro-
 pios hermanos; los ricos alarmados de la
 aparicion de ese jigante aterrador llamado

el pauperismo, despues de haber agotado sus fuerzas en las disipaciones del lujo; la política sin regla ni ley; la autoridad despreciada; la insurreccion santificada; por fin la barbarie amenazando de muerte con la anarquía y la corrupcion; tal ha sido el espectáculo. Algunos que se creen mas avisados han podido decir en presencia, ó á la distancia mas bien, de este horrible caos: «es un mundo que nace», yo me he dicho, «no, es un mundo que decae, y puede volver al caos.» Fácil le será á Vd. advertir por lo que antes le he dicho de la situación de la Francia, cuales sean en ellas las cosas que sobran, que están demás; en cuanto á lo que falta, permítame decirle que es la Cruz.

Sí, mi amigo; y con ella faltan á la Francia la ley de las leyes, autoridad de las autoridades, la verdad suprema y el código inmortal. ¿Qué es lo que forma ese código, esa sublime moral del evangelio? Ella forma los hombres de bien y los hombres de virtud. Déme Vd. una sociedad llena de virtudes, y esa sociedad vivirá, crecerá, se engrandecerá, y entónces aunque Vd. destierre de ella la ciencia y las academias, la sociedad será un coloso. Algunas verdades eternas contienen las décimas de nuestros gauchos, porque suele hablar en ellas el buen sentido. Yo las he escuchado en otro tiempo con sumo placer, y no he olvidado aquí, en presencia de los grandes filósofos, esos dos versitos, que pertenecen á la buena poesía:

Ciencia sin virtud no vale,
Virtud sin ciencia es mejor.

Esa es una profunda verdad, espresada con un laconismo admirable. Si, es mejor la virtud que la ciencia, y ésta sin la virtud es muy temible.

Si Vd. penetra con su razon investigado-

ra en la naturaleza íntima del hombre, verá que en el corazón está el móvil principal de las acciones humanas, y que ese móvil es el amor. La religion cristiana es la ciencia divina del amor. Los vínculos naturales que unen á los hombres entre sí, los confunden en esa santa armonía, que llama el amor de la patria, han sido establecidos por el cristianismo. El fué el que abolió la esclavitud en los tiempos bárbaros, él quien levantó á la mujer de su gradante postracion, él quien salvó los tesoros mismos de la ciencia en la edad media, él quien proclamó sagrada la autoridad no menos sagrada la libertad del hombre. Donde la democracia existe, no nominativamente sino en realidad, son las creencias cristianas las que la han arraigado en las costumbres; y hasta los filósofos mismos han tributado sus homenajes, cuando han querido despreocuparse, al cristianismo, desconociendo que él fué el mas grande monumento de los tiempos pasados y es la mas grande institucion de los modernos.

Si nosotros por ser fieles á una mala tradicion, que hemos heredado de nuestros padres, y que ellos heredaron de la filosofía incrédula del siglo pasado, divorciamos la libertad de la moral; si por ser liberales nos creemos en el deber de ser incrédulos, tenga Vd. por cierto que no se levantará ni hombres de bien, ni hombres de virtud de nuestras masas hoy embrutecidas por la ignorancia y por los vicios que la acompañan. Es preciso educar al pueblo; todos estamos de acuerdo en esto. ¿Con qué pregunto yo, con la filosofía? con la literatura? ¿Creeis acaso que las doctrinas de Leroux y de Cousin sean superiores á las doctrinas de Cristo? Si no es así, ¿qué otro medio que la religion? y si dejamos el dogma rejerador, como útil únicamente para las masas, los niños, las mujeres; y los hombre

gobierno, los hombres de pluma se educan y perseveran en la incredulidad; ¿no es que mas ó menos tarde el escepticismo se convertirá en las clases inferiores en grosero materialismo que invade la Francia? Religión de niños! pero entre esos niños está Descartes y Mallebranche, está Bossuet y Fenelon, está Chateaubriand y Connell, está Lacordaire y Balme! pero la religión de niños no vive, como el catecismo, diez y ocho siglos en la conciencia de la humanidad, ni domina á doscientos millones de habitantes!

Mi amigo, yo soy católico. Escandalícenme cuanto quieran los falsos liberales, yo diré y diré siempre que soy católico, y creo en mi apoyo muchas y muy buenas razones filosóficas y políticas, históricas y morales, democráticas y sobre todo americanas. Yo soy católico en todas partes, lo mismo cerca del Sumo Pontífice que del Arzobispo de Westminster, lo mismo en Londres que en Washington, lo mismo en París que en el Plata.

¿Es una flaqueza? No, es una fuerza, en el individuo, como en las naciones. La porción mas democrática de los Estados Unidos es la católica; no lo digo yo, lo dice Tocqueville; y estoy por esa flaqueza que hace de los católicos sean los primeros en el mundo.

He admirado aquí á los grandes oradores en la tribuna mas alta del mundo, pero mi entusiasmo por los prodijios de elocuencia de los jénios, no me quita mi fé en Dios. ¿Dígame Vd. el libro mas bien pensado y mejor escrito ¿qué será él al lado de la Biblia? Déme Vd. el mas grande monumento erigido por la mano del hombre, ¿qué tienen el Arco de Triunfo ni el Palacio de Cristal al lado de los Andes y el Paraná, de Tucumán y el Chaco? La misma distancia hay entre yo y las ideas todas que pare la injerencia humana y las sublimes máximas del Evangelio; se levantan á mis ojos tanto las últimas sobre las otras, como la Cruz en la cúpula de un templo entre los mas elevados edificios de una ciudad. Una Cruz en el polo ha salvado al mundo, decía últimamente M. Chevalier en su cátedra de economía política; pues bien, demos una Cruz en la América española, si queremos salvarla

y no perderla en nuestras manos.

Ahora puedo, mi amigo, terminar mi carta sin que vaya incompleta. Pienso que una gran parte de mis convicciones, sinó todas están de acuerdo con las de Vd. Si he querido exponerlas rápidamente en estos renglones, no ha sido porque crea que Vd. necesita de mi ayuda para comprender nuestras necesidades, las de la Europa, y la importancia de salvar en Sud América lo que llamaré nuestra nacionalidad social. Por ella no entiendo un rudo americanismo, entiendo sí el conocimiento de nuestros intereses y nuestros recursos americanos, y el de los únicos remedios necesarios á nuestros males. La intervención de las ideas revolucionarias francesas no ha tenido escaso influjo en nuestros desórdenes, y los errores no han servido poco á alimentar nuestra anarquía. Innovar poco arriba, mucho abajo; dejar en paz las instituciones inofensivas, reformar nuestras costumbres; civilizar moralizando, hé aquí el gran programa, que debe ser el blanco de nuestros esfuerzos perseverantes. Todo edificio debe empezar por su base, y la base de una sociedad que aspira á la democracia, es la educación religiosa del pueblo.

La responsabilidad, que pesa sobre la generación presente de la América del Sud, es inmensa. Dios no dá á los hombres un vastísimo y prodijioso paraíso, como el nuestro, para que jueguen como bestias feroces á la guerra civil. La guerra civil permanente ¿qué nos dice? ¿No es ella la revelación de nuestros vicios, nuestras groseras ambiciones, nuestros pueriles errores, y nuestro orgullo insensato? ¿No es la ausencia del sentimiento y la prohibición moral lo que dá origen á tanto escándalo? ¿El suelo americano es acaso nuestro únicamente, para que así ahuyentemos á los hombres todos, que quisieran explotarlo á nuestro lado? No, la gloria de Colon es grande como el mundo, porque conquistó un mundo para la humanidad toda.

Yo por mi parte lo confieso, que el pauperismo europeo pesa como un reproche sobre mi conciencia de americano, y veo con dolor que la historia dirá severamente de nosotros: "Mientras los progresos mismos de la civilización y de la industria acre-

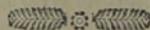
centaban en Europa el número de los pobres; mientras los hombres mas inteligentes se afanaban inútilmente por calmar los dolores del pauperismo, á fin de contener sus estragos; mientras las ambiciones demagogas adulaban esa misma espantosa miseria y la seducían con las engañosas ilusiones de la revolucion, que en vez de poner término á los males europeos, no servirán sino para agravarlos, ¿qué hacia la América Española? ¿Buscaba ella acaso fuera de las revueltas y de irrealizables teorías los medios de consolidar el orden? Lejos de eso, imitaba con loco entusiasmo los excesos mismos de la revolucion francesa, y comprometía, en el único país que habia salvado del naufragio jeneral, las condiciones reconocidas por la esperiencia como saludables para el mantenimiento de su prosperidad. Chile mismo plajaba los clubs abolidos por la reaccion en Francia, y la Nueva Granada plajaba el socialismo; como si tuvieran necesidad de agregar á la barbarie de la ignorancia la barbarie aun mas funesta de la preocupacion. Rosas embrutecía la República Argentina, Bolivia lo imitaba, y la paz en los otros estados no era sino el descanso de las pasiones fratricidas. Aquellos países de los que muchos podían contener cuatro veces la poblacion de la Francia, no contaban ni la poblacion de Paris. Ellos necesitaban aumentar su poblacion para civilizarse, mientras que por el contrario importaba á la Europa disminuir la suya. Y sin embargo aquellos americanos, esclavos unas veces, facciosos otras, parecían incapaces de vivir en el orden, y dejaban desiertas las vastas rejiones donde las miserias de la Europa hubieran podido encontrar tan pronto y fácil remedio; y la mitad mas preciosa del mundo de Colon existía como si no hubiera sido descubierta para el engrandecimiento y la prosperidad del linaje humano.

El cuadro es sombrío; quisiera Dios que no fuera la fiel copia de la realidad. Protestemos por lo menos nosotros, mi amigo, sin cesar tanto contra los bárbaros que nos humillan, como contra la doctrina que les preparan el camino de la discordia, y la opresion. Así la historia podrá decir tambien que la responsabilidad no era de todos, y que no faltaban en medio de nuestras

tristes convulsiones voces honradas que maldijeran á los autores de nuestros desastres. Mostraremos nuestra conciencia pura á los de la historia, que nos ha de juzgar porque pura la tendremos delante de Dios.

Adios, mi querido Alberdi. El nos ilumina y nos salva. Suyo siempre.

Felix Frias.



El día 4 del presente mes, el Gobernador de Entre-Ríos, Jeneral Urquiza, ha firmado un decreto que marca un verdadero progreso en la República;—progreso de cultura ofrecido por la revolucion actual á la religion y á la paz—nos referimos al decreto en que se han abolido los lemas de muerte con que se encabezaban los documentos oficiales.

Hábil en todas sus medidas, el Jeneral Urquiza abolió primero el lema de muerte contra los unitarios; lo sustituyó con el que se dirijía solamente á los enemigos de la organizacion nacional; y por último, no quiere mas muerte á nadie al frente de los documentos públicos.

Gracias, Jeneral Urquiza, gracias á nombre de la cultura, de la Religion y de la paz de nuestra patria!

Ya era tiempo de que se borrasen esas palabras de muerte y esterminio al frente de los actos gubernativos, á quienes hacían color todas las publicaciones del Estado.

Los extranjeros se reían de nosotros; la religion protestaba contra el extravío de pasiones que hacían alarde de descubrirse ante la humanidad en toda su irritabilidad, empujados por gobiernos que hacían encabezar todos sus actos con una sentencia de sangre contra sus hermanos; y la paz, por último, no podía ser jamás una realidad cuando cada documento público llevaba á su frente un programa de guerra.

Ya hemos dicho otra vez, que el Jeneral Urquiza está respondiendo prematuramente á todas las interrogaciones que sobre sus principios futuros quisieran hacerle los que quisieran sujetar á dudas sus designios. No ha dado un solo paso todavía que no lleve el sello de la reforma civilizadora á que

propende, junto con la estirpacion de la tiranía de su patria.

En los diez y seis años que cuenta ya el segundo gobierno de Rosas, no se encuentra una disposicion que tenga una hoja sola de esa primavera de esperanzas que está floreciendo en la revolucion de EntreRios, que cuenta un año.



LAS BODAS DE CAMACHO.

Solo Dios sabe cuanto nos cuesta de algun tiempo á esta parte el tener que escribir en lenguaje sério y majistral como le gusta al Señor Herrera; pues á medida que el tiempo nos vá llevando de la mano á donde no quisiéramos llegar nunca, vamos encontrando que en este mundo es mejor reirse que llorar.

Pero, por mas que la gravedad de nuestros lectores se enoje con nosotros porque no hacemos siempre nuestros artículos con peluca de académico, borlas de doctor y baston de ministro, hemos de cuando en cuando de escribir artículos zonzos como el presente, en aquel estilo por el cual otra vez nos vimos en la desgracia de tener que leer una circular que no tenía de bueno si no el nombre por cuanto en efecto era redonda.

Es del caso, que en Buenos Ayres ha habido un convite cuya descripcion hace tiempo queríamos hacer y ahora emprendemos. Ah! y quien hubiera estado allí para comer como el Almirante Mackau el año 401

Imajinense nuestros lectores un convite dado y cocinado por los frailes de San Francisco, el mas sábio de cuantos economistas ha tenido el mundo, por cuanto tuvo la habilidad de encontrar el medio de que sus futuros hijos viviesen siempre ricos y gordos sin hacer nada.

Despues de la funcion de San Buenaventura, cantó la misa el Señor Canónigo D. Felipe Elortondo y Palacio, y predicó el R. P. Hidalgo, quien dijo entre otras lucientes novedades, «que los hombres habían venido á la tierra con la mision de amar á la mujer» cosa que hasta ahora sabiamos; y de la cual deducía el R. P. por

una lógica igual á la de los Tratados Le-Predour, que los hombres debían amar á la Señorita Doña Manuelita de Rosas y Ezcurra que se hallaba presente.

Terminado el sermon, y guardado para la nueva edicion de los de Frai Jerundio de Campasas, y con prévia licencia del Señor Provisor, la pobre Manuela tuvo que meterse de visita en la Celda guardiana, porque su *talita* le dió orden de hacer todo cuanto los P. P. le indicasen.

En la celda fué recibida por toda la comunidad, que entonó un canto de accion de gracias al verla entrar.

Sonaron por fin las cinco horas de la tarde, y Manuela pasó al refectorio, y colocada entre el Señor Provisor y el P. Presidente, mientras los demás asientos eran ocupados por una docena de frailes en cuyas rollizas quijadas estaba bien de manifiesto la confortable vida que llevaban en aquella santa comunidad de cuya orden es antiguo hermano el recomendable ministro D. Felipe.

No sobre las ollas, sino sobre la grasa de las fuentes nadaban las perdices y las pollas; y del mismo modo que frailes había allí que parecían pavos, pavos habfa allí que parecían frailes.

Las lonjas de tocino, los bien torneados y dorados chorizos; las hinchadas y lucientes morcillas; los garvanzos reventados, blandos y mantecosos; los rizados y verdiblanco repollos; la colorada y hebrosa lengua; el gordo y sabroso jamon de Portugal; la blancas, redondas y carnudas gallinas, constitufan sobre una descomunal fuente, de aquella bien vivida comunidad, la selecta y sabrosa olla podrida de nuestros viejos padres, que por no tomarse el trabajo de hacer muchos platos metieron en uno solo cuanto hallaron.

Los pavos, los patos, las gallinas y perdices asadas, guisadas, fritas y en escabeche. Las piernas de carnero, las colas de vaca, las cabezas de cerdo rellenas, los chanchitos asados, y seis enormes fuentes de pastel en cuyo vientre reposaban como en la arca de Noé todos los animales de este mundo, á escepcion de los frailes porque entonces no era conocida esa especie, componían el primer servicio de la mesa.

La sopa que sirvieron á Manuela fué apenas compuesta con media gallina y una libra de pequeños acesorios de la olla, que la pobre jóven probó apenas, repleta ya con las nutritivas emanaciones de aquellas viandas.

El P. Presidente tomó entonces la copa y dirigió un discurso á la convidada acabando con las palabras del pueblo de Betulia á Judit: "Tu eres la gloria &a."

Volvieron los RR. á sentarse y comer; y comían y comían como Pedro Limares cuando caminaba y caminaba, ó como el Tratado Le-Prédour cuando llegaba, cuando llegaba, y no llegaba nunca.

Los RR. Padres Fray Antaño Romeo, Fray Nicolas Lacunza, y los Señores Campana y Elortondo, con buen jerez ó con buen oportó dijeron malas cosas en peor lengua. Pero era el caso que alguno hablase por todos, como todos estaban bebiendo por cada uno; y el R. P. Romeo se limpió el hocico, tosió, escupió, paróse, tomó un vaso, paseó una mirada imponente por los concurrentes, y dijo:

"RESPETABLE REUNION.

"El lenguaje del corazón, es el lenguaje del alma. Con este idioma es imposible no descubrir los verdaderos sentimientos, tales cuales existen en su fondo impenetrable. De este idioma, pues, me valdre en la ocasión presente para manifestar á la Señorita Doña Manuelita de Rosas el entusiasmo, gusto y complacencia en que robose mi corazón, juntamente con la familia Franciscana, al disfrutar el honor de ver, por primera vez, entre nosotros á la verdadera, amable, y digna hija, al dulce consuelo del mas eminente de los Americanos, del ilustre Jefe de la Confederacion Argentina, del nunca bastante bien elojado Gobernador y Capitan General de la Provincia, D Juan Manuel de Rosas, acreedor á las ovaciones del Pueblo Argentino y Pueblos Confederados, por los reiterados sacrificios con que los tiene obligado. Muy justo es, pues que todos contribuyan á secundar sus disposiciones, que cooperen al buen suceso de sus empresas patrióticas, y al total esterminio de los enemigos de la Madre Patria. Un sacrificio exige otro sacrificio. El sacrificio que el ilustre Jefe de la Confederacion acaba de hacer á los Pueblos Confederados, exige nada menos que el sacrificio de la vida, de la fama, del honor, y bienes de estos mismos Pueblos.

"Y nosotros, individuos de un instituto cuyo lema es la "pobreza" ¿qué podremos ofrecerle? Nosotros, Señorita, nos felicitamos por el bien que de tan remarcable sacrificio nos resulta, lo elojamos hasta las estrellas, por este sacrificio; sacrificio tanto mas apreciable cuanto mas nece-

sario: sacrificio por que nos ponemos á la disposición del Padre de la Patria, de nuestro antiguo Bienhechor, para que disponga de nosotros, segun lo juzgare oportuno.

"Esto es lo que desean los Padres é individuos de la Comunidad; esto es igualmente lo que piden en sus oraciones; y esto es en fin, lo que no dudan les concedera el Cielo. La multitud de los votos inclina al Cielo hacia la tierra. Esperemos, pues, confiados; y esperemos tambien que el Cielo no será mezquino como acostumbramos á verlo nosotros, que concedera igual beneficio á la Señorita Doña Manuelita, para que siga siendo el consuelo de su amado Padre y nuestro generoso bienhechor, las delicias del Pueblo Argentino; y en fin, paré que vuelva á honrar á los Padres Franciscanos en los años siguientes en este dia. Estos son mis votos y los de todos mis hermanos. No os dudgeis, Señorita; y en prueba de ello, oid su confirmacion; repetid, hermanos míos:

* Viva el ilustre Jefe de la Confederacion Argentina!

* Vivan los Pueblos Confederados!

* Viva la amabilisima Doña Manuelita de Rosas!

* Anatemala y muerte al infame, loco traidor Urquiza!

* Muera todos los enemigos de la Patria Argentina!"

Que bruto y que hereje es su Reverencia, P. Roméo!

A las nueve de la noche se levantaron de la mesa llevando cada hijo de San Francisco, para garantizarse de su pobreza, alguna antigüedad de aquel deshecho imperio, mientras Manuela subía al coche despues de haber cumplido la nueva penitencia á que la destinó su padre.

A lo menos, no dirán los salvajes unitarios que la Iglesia abandona á Rosas, ó mas bien, que Rosas no sabe nutrir la Iglesia.

Hará una locura el Jeneral Urquiza en aborcar á Rosas: es un mal Gobernador, pero sería un buen ministro del Culto; y si el jeneral Urquiza accede á nuestros ruegos á este respecto, el P. Roméo puede contar con el obispado.



Retribuimos al Mensajero de Montevideo el saludo que nos dirigió en su primer número, y le deseamos una feliz carrera en la época tan brillante que ha comenzado para este país, y por consiguiente para los periódicos que se ocupen de los asuntos interiores, como ofrece hacerlo el Mensajero.

